VEINTE AÑOS DE CANCIONES Y DE VIDA

Laura Canoura íntima

Hace dos décadas que Laura Canoura, una de las mayores voces femeninas del Uruguay, se dedicó plenamente a la música. En esta entrevista repasa su trayectoria, y habla de ella, de sus pasiones, sus amores, sus temores.

MARÍA ESTHER GILIO

Foto: Oscar Sarda

LAURA CANOURA –VARIOS Disco de Oro y varios premios– abre la puerta como cualquier ama de casa montevideana: cara lavada y pantalón gastado. Eso sí: "Fotos no, sabés que tenemos que cuidar la imagen". El fotógrafo acepta y se va sin drama. "Te llamo." Mate y grabador sobre la mesa, la entrevista comienza.

—Yo nací en casa de mis abuelos en la calle Rousseau, en La Unión. Allí vivimos con tíos, primos y abuelos hasta mis cuatro años, en que nos fuimos a Lagomar, donde mis padres habían construido una casita. En Lagomar comenzó para mí una nueva etapa.

—¿En qué sentido nueva?

—De aquella casa llena de gente donde mi madre estaba superocupada con mil tareas pasé a una casa donde sólo vivíamos mis padres, mis dos hermanas y yo. Para mí fue algo maravilloso. Yo, que en casa de mis abuelos me había enfermado de algo así como úlcera de duodeno, tal vez porque no me sentía todo lo atendida raba. Maestra por ejemplo. Y también azafata *–dice riendo.*

—¿Nunca pensaste en el teatro?

—No, sin embargo me encantaba disfrazarme. En cuanto empezaban las vacaciones me ponía polleras largas, tacos altos y jugaba a ser esta o aquella. Al año de vivir en Lagomar mi padre vendió la casa, agregó un dinero y compró otra entre Carrasco y Punta Gorda. Al lado pasaban las vacaciones unas chicas que aprendían baile español y solían regalarme –cuando les quedaban chicos– unos zapatos colorados de taco que yo me ponía y no me sacaba hasta que en marzo se reanudaban las clases. Yo pasaba las vacaciones jugando disfrazada. Sin embargo nunca pensé que podría llegar a estar en un escenario.

—¿Y cómo empezó lo del escenario?

—En algún Reyes Magos apareció una guitarra. Las tres hermanas empezamos a tocar pero creo que fui yo la que más se enganchó. Conseguí algunas canciones que sólo traían letras y entonces torturaba a mi familia tratando de sacar la canción completa. Pero siempre quedaba trancada en algún acorde que no sabía cómo era. En definitiva, que cuando los fines de semana nos reuníamos con los compañeros de liceo, yo siempre tocaba y cantaba.

—¿Qué cantabas?

—Algunas canciones de Jarcha, de Agua Viva, folclore argentino, Paco Ibáñez. Más tarde –ya había entrado a Facultad de Arquitectura– empecé a estudiar teatro.

—¿Habías visto teatro?

—Sí, un tío que para mí representa esos personajes que a menudo aparecen en las familias, que son quienes marcan líneas culturales, me llevó a El Galpón a ver **Ubu Rey**, **Libertad, Libertad**, me regaló las obras com-

donde mi madre estaba superocupada con mil tareas pasé a una casa donde sólo vivíamos mis padres, mis dos hermanas y yo. Para mí fue algo maravilloso. Yo, que en casa de mis abuelos me había enfermado de algo así como úlcera de duodeno, tal vez porque no me sentía todo lo atendida que deseaba, logré al mudarnos la atención completa de mi mamá, cosa que, evidentemente, necesitaba. Mis hermanas y mi padre salían de mañana y yo quedaba hasta la tardecita dueña de mi madre.

—Contá un poco de esos días, tan felices.

—Ah sí, muy felices. Recuerdo a mi madre, con botas de goma, llevándome de la mano hasta el tambo donde llenábamos de leche una damajuana. Me veo, luego, en casa, tomando esa leche –a veces todavía tibia– en unas copas azules.

—Veo que las copas azules te siguen acompañando, ahí tenés varias de diferentes formas y tamaños.

—Sí. Esas copas... De ahí me quedó una especie de locura por las copas azules. Las compro cuando las encuentro y mis amigos, que saben, me regalan. Esas, las más grandes, me las regaló un novio que tuve.

—Nunca había oído de una niña o niño con úlcera.

—Sí, es raro. Después de muchos años de terapia llegué a la conclusión de que mi úlcera había tenido una finalidad: sacar a mi familia de una situación no feliz. No éramos felices en aquella casa con tanta gente.

—La mudanza a Lagomar tuvo que ver con tu úlcera, entonces.

—Sí, claro, lo que mis padres pensaron fue "Laura tiene una úlcera, hay que hacer un cambio de vida". El cambio no sólo se dio a partir de que vivíamos en medio de la naturaleza, también cambió, como te dije, la relación con mi madre, ya que a partir de la mudanza ella me dedicó todo su tiempo.

—Es decir que lograste lo que todo niño quiere y te curaste.

—De la úlcera sí, pero no creas, el estómago no ha dejado de darme trabajo. He tenido gastritis. Lo que quedó de esa época es una relación muy fuerte con mi madre que se mantiene todavía.

—¿Tus padres nunca se opusieron a que cantaras?

—No, para nada. Además yo empecé medio grande a cantar. Tenía 22 años.

—Te referís a lo profesional. Antes también cantarías porque la familia o los amigos te lo pedirían.

—Sí, claro, pero además en la familia Canoura todos cantan.

—¿Canoura es un apellido que te pusiste?

—Mucha gente cree eso. Pero no. Es mi apellido real, el apellido de mi padre. Lo curioso es cómo todos los Canoura cantamos. Cuando la familia se juntaba en una fiesta siempre acababan en cantarola.

—¿Y vos ahí, prendida?

—Yo un poco, porque cantaban cosas de viejos.

—A ver, ¿cuáles eran para vos las cosas de viejos?

—Las de la Troupe Ateniense, Antonio Tormo, tangos.

—¿Sí? ¿Esas cosas en los años sesenta? Cantá algo de la Troupe.

—Mm... bueno, "Suena lánguida en la noche una flauta de bambú, de bambú" y... No me acuerdo. Ya no me acuerdo. Me acuerdo de otra, que cantábamos en el auto cuando íbamos a Lagomar. No recuerdo la letra pero sí el argumento. Se trataba de un pobre mendigo que estaba solo y le pasaban cosas terribles. Yo la oía y lloraba. La había escuchado cien veces pero siempre lloraba.

—Hablamos de los años sesenta. ¿Qué te gustaba?

—Los tangos me gustaban.

—¿Y Los Beatles?

—Yo no los oía mucho. En mi casa no había tocadiscos. No había en los sesenta, como hay ahora, la cultura del radiograbador. En mi casa había radio. Sólo radio.

—Cuáles eran en tu infancia tus proyectos de futuro. "Yo cuando sea grande voy a ser..." ¿Qué querías ser?

—No pensaba mucho en eso, pero como todos los niños quería tener la profesión de las personas que admi-

empecé a estudiar tea

—¿Habías visto t

—Sí, un tío que pa
esos personajes que a
cen en las familias, q
marcan líneas cultural
Galpón a ver **Ubu**
Libertad, me regaló
pletas de García Lor
Chico Buarque, el que
ción". Un disco de los

*—Los de la **Ca***
***María de Iquique**.*

—Sí, esos mismo
más, era comunista.

—Es decir que s
culturales en genera
izquierda.

—Sí, a partir de s
y regalos podríamos u
gía.

—Entraste enton
tura y empezaste a
¿No pensabas en la
cantar?

—Más o menos e
ca, Jorge Dipólito, a
mana Carmen, que p
que Iban Cantando, m
que debía entrar al N
música. Fue él que
comprar mi primera
tante con plata que me

—Ahí empezaste
tarra en serio.

—No tanto. Em
guitarra con Ramiro
con Miguel Marozzi
lar con el Choncho La
de ahí me vinculé c
generación que hacía
bamos en plena dictad
era la música y tamb
para estar juntos y co

—¿Cómo se arm

—Mauricio Ubal,
Carlos Vicente y yo é
del Choncho en el NEM
fue quien con gran int
para que armáramos a
de fin de año en el
Después de ahí seguir
que llamamos Rumbo

—¿Podés decir q
tu vida profesional?

—No, no todavía
allí no implicaba una
Era algo que me gu
placer. Sólo eso. Plata

mos ninguna, más bien teníamos que ponerla. Yo no sabía si algún día podría vivir de la música. Recién empecé a sentir que podía cuando a fines de los años ochenta pude renunciar a mi trabajo en CEMA, una productora de audiovisuales donde trabajaba.

En el primer momento pensé que podría trabajar **free lance** en lo mismo que hacía en CEMA, es decir edición y montaje. En los hechos no hice nada de esto porque la música –cada vez más importante para mí– no me dejaba tiempo. Era evidente que no necesitaba hacer otra cosa.

—Podías vivir de la música.

—Sí, me di cuenta de que podía. Pero para eso había que prestar a la música toda la atención, profesionalizarse. Además yo tenía una hija, lo cual pesa al momento de hacer planes. Si quería dedicarme a la música tenía que "dedicarme".

—Contá un poco qué significaba para vos "dedicarme".

—Para empezar, cuidarme. Dejé de fumar, empecé a ocuparme de mi físico, atendí a mi imagen.

—¿Estudiar canto?

—Estudié pero muy poco. Debo confesar que soy bastante autodidacta. Por diferentes razones. Una, no había aquí gente que enseñara a quienes queríamos hacer lo que yo hago. Yo canto cosas populares cuya técnica es diferente a la técnica lírica. Yo estudié con profesoras como Estela Ibarburu y Nelly Pacheco, que fueron espléndidas, grandes maestras. Pero llegó un momento en que pensé que si seguía en ese camino iba a perder posibilidades en el que había elegido. Eso me pasó con Nelly. En el caso de Estela fue ella que no quiso seguir conmigo porque yo no estudiaba, no preparaba. Me dijo "Así no". Yo dije "No, no, voy a cambiar". "No creo

—Claro. Pasaron los sesenta, pasaron los setenta, pasa el posmodernismo. Pasó todo pero en esencia no cambiamos.

—Más específicamente, ¿qué es lo que es igual para vos?

—Pienso, por ejemplo, en mí misma educando a mi hija.

—¿Hacés lo mismo que hicieron contigo tus padres?

—No, pero la preocupación, el deseo de que crezca sana interiormente y que sea feliz, es igual. Nada cambió en ese sentido.

—¿Estás tan preocupada con ella como ellos estuvieron contigo?

—Sí, en eso nada cambió. Y también en otras cosas que nos muestran que no hemos aprendido nada. Alcanza con prender el televisor y ver cómo se sigue haciendo la guerra como hace cincuenta o cien años.

—Cuando te dedicaste a cuidar tu imagen, tu físico y tu voz, ¿ya habías grabado algo?

—Sí. Y... fue como a la fuerza que me decidí, porque a mí me gusta también el teatro y más aun el cine. Pero partiendo del hecho de que aquí el cine casi no existe y de que en la música ya tenía un camino empezado, me decidí por la música. Lo que yo hacía en CEMA –producción, montaje– me gustaba mucho.

—Pero había que elegir.

—Claro, cuando dejé CEMA lo hice venciendo mi miedo. Los uruguayos tenemos la cultura de lo seguro. La casa propia, el sueldo todos los meses. Elegir lo aleatorio exige mucho esfuerzo, mucho estrés, mucha enfermedad.

—La vida te demostró que elegiste bien.

—Sí, con la ayuda de mucha gente todo salió bien. Para empezar con la ayuda de mi familia, porque yo me casé, tuve una hija, me divorcié y

—¿Pensás que vos querés más?

—Sí. Y siento que por eso soy artista. Yo creo que los artistas elegimos lo que elegimos por dos razones. Una para seguir jugando, para tener una excusa para jugar, disfrazarnos y pintarnos todos los días. Uno puede ir a la peluquería, colgarse aros, ponerse una blusa muy escotada sin que nadie diga "¡qué ridícula!". Nadie lo dice porque eso nos está permitido.

—Una, entonces, es el juego. ¿La otra?

—La otra es "mírenme", "quiéranme". ¿No debería decirlo?

—Pero claro que sí. Hasta García Márquez dice que escribe para que lo quieran.

—Lo que pasa es que yo me entrego con muchísima pasión a lo que hago. Y dentro de lo que hago están mis relaciones. Con todo debo decirte que he ido logrando cambiar para que cada una de esas cosas no me signifiquen una muerte. Que cantar no me signifique morirme. He trabajado duramente para esto. Años de terapia y años de estar sola y pensar, pensar y pensar.

—¿Cuando actuabas te pasaba eso?

—Sí, terminaba de actuar y quedaba agotada. Pero no físicamente. Ese cansancio es lindo. No hay cosa más linda que al otro día de un trabajo muy intenso estar todo dolorido porque estuviste tenso aunque feliz con lo que hiciste. Eso no me pasaba antes. Yo terminaba de cantar, por ejemplo, "Como nuestros padres", y quedaba destruida. Me costaba horrible recomponerme.

—No recomponerte para la siguiente canción.

—Sí, sí, para la siguiente.

—¿Eso todavía te pasa?

—No, con los años conseguí desarrollar una técnica de trabajo que

"Debe haber cantidad de mujeres que cantan bárbaro. Pero para llegar precisás mucha fuerza, tenacidad."

mostrando la alegría que le produce este súbito deseo de amordazarla.

—Por suerte hoy, aquí, en la entrevista, hablás.

—Sí, ¿viste? –*dice riendo nuevamente.*

—Volvamos a tu canción "Agua y aceite". Agua y aceite en el amor. Decís que nadie comprendería esa relación en que...

—"Sin embargo mi amor, nadie lo comprendería, solamente vos y yo, agua y aceite mi vida."

—Es curioso, cuando hablamos de una pareja que funciona decimos: "Ah, es fantástico, nos gustan las mismas cosas".

—A veces cuando canto esa canción le hago una introducción: "¿Quién dice que para ser feliz ni un sí ni un no? ¿Quién dice que es imposible porque él es de Peñarol". Esas cosas no separan. Cuando yo tenía 18

—Sí. Ese es un tema del cual sólo se puede hablar después que ha pasado un largo tiempo.

—Cuando estás serena como para analizar qué pasó.

—Seguro. "Hay alguien que no fui en la imagen que tu espejo recordaba." Creías que yo era de tal manera y no, yo no era esa que pensabas.

—De eso te diste cuenta después que pasó el tiempo.

—Sí, me di cuenta de qué había pasado exactamente. Yo no era la que él creía. Creo que este error tenía que ver con la fascinación que genera el artista. Pero, además, en la primera etapa del amor todo te parece maravilloso. "Ay, ¡qué divino! Cómo duerme hasta las tres de la tarde. ¿No es como un osote?" "Ay qué divino, cómo me picotea la comida del plato." Al año, cuando te picotea la comida, querés clavarle el tenedor.

—Bueno, ahora sabés que uno se equivoca.

—Sí, ahora lo sé y por eso soy más cautelosa.

—Hablábamos hace un rato de las cosas que te importaban en una pareja cuando tenías 20 años y de las que te importan hoy que tenés 42.

—Me importa que sea un buen compañero. Ser la pareja de una persona con vida pública, como yo, no es fácil. No fue fácil para ninguno de los hombres que han estado conmigo. Reconozco, además, que tengo un carácter bastante fuerte.

—Eso se ve. No sabría decirte en qué, pero se ve.

—No podría ser quien soy si no fuera así.

—Es decir que triunfar no depende de la capacidad.

—¡Qué va! No. ¿Vamos a creer que la única que canta bien en este país soy yo? Debe haber cantidad de mujeres que cantan bárbaro. Pero para lle-

llegó un momento en que pensé que si seguía en ese camino iba a perder posibilidades en el que había elegido. Eso me pasó con Nelly. En el caso de Estela fue ella que no quiso seguir conmigo porque yo no estudiaba, no preparaba. Me dijo "Así no". Yo dije "No, no, voy a cambiar". "No creo que vayas a cambiar ni creo que yo te haga falta", dijo ella. Y me lo tuve que bancar porque tenía razón. Otra cosa que hice fue escuchar mucha música. Mucha, mucha.

*—**Puede oírlo** llamás a uno de tus discos. ¿A quién decís eso? ¿Quién puede oír?*

Laura piensa, dice finalmente:

—Es genérico. Se lo digo a todos.

—¿A nadie en especial?

—Tal vez en ese momento sí. Pero ya no me acuerdo. Por otra parte, cuando elijo un disco es porque me interesó la melodía. Siempre más que la letra me interesa la línea melódica.

—¿Cómo entrás en contacto con lo que se compone?

—Cuento con mis amigos, músicos o no, que me acercan canciones. Eso es muy importante. De pronto llamo a mi viejo, o al padre de no se quién y les pido: "Recomendame, buscame algo". Ellos son como un filtro de lo que hay por ahí, cosas a las que yo de pronto ni tengo acceso porque ni sé que existen. Por ejemplo el amigo que me hizo oír "Como nuestros padres", que para mí es un tema casi emblemático, no es músico, simplemente le gusta la música.

—Allí hablás de la generación de los sesenta.

—Sí, pero aunque hablo de esa generación creo que hoy es absolutamente vigente. Dice: "No quiero hablar de hoy, mi gran amor, las cosas que aprendí en los discos, te quiero contar cómo viví. Todo lo que pasó conmigo. Vivir es mejor que soñar. Yo sé que el amor es una cosa hermosa. Y sé también que cualquier canto es menor que la vida de cualquier persona". Y más adelante dice algo que me parece muy veraz: "Mi dolor es descubrir que, a pesar de haber hecho todo lo que hicimos, seguimos siendo los mismos, vivimos como nuestros padres".

—No hubo cambios profundos. Veo que eso te impresiona bastante.

Laura ríe con ganas.

—Bueno, siempre no. Esos son los primeros amores de la vida. Tomá otro mate así te distraés de ese tema.

—No, ése es un tema del que no puedo distraerme porque está en tu obra.

—Pero son amores de la adolescencia. Decime qué adolescente no tiene amores torturados.

—Casi todas tuvimos a esa edad amores torturados. Eso es verdad. Pero las torturas tenían que ver con cosas diferentes. ¿Qué te torturaba a ti? ¿Sentías que te querían poco?

Mirando sin ver, con expresión muy seria.

—Siempre creo eso.

cho esfuerzo, mucho estrés, mucha enfermedad.

—La vida te demostró que elegiste bien.

—Sí, con la ayuda de mucha gente todo salió bien. Para empezar con la ayuda de mi familia, porque yo me casé, tuve una hija, me divorcié y tuve luego varias parejas. Algunas me ayudaron.

—Siempre relaciones muy pasionales.

—¿Sí? ¿Cómo sabés?

—Se ve en tu música. Siempre son amores torturados.

"Pasaron los sesenta, pasaron los setenta, pasa el posmodernismo. Pasó todo pero en esencia no cambiamos."

quedaba destruida. Me costaba horrible recomponerme.

—No recomponerte para la siguiente canción.

—Sí, sí, para la siguiente.

—¿Eso todavía te pasa?

—No, con los años conseguí desarrollar una técnica de trabajo que me permite distanciarme un poquito y mirar, yo también, a esa mujer que canta tan expresivamente.

—Decías que siempre sentías que no te querían suficientemente o que te daban poco. ¿Vos querés bastante y le das al otro todo lo que precisa? Cuando eras niñita también exigías, al extremo, según decís, de agredirte a vos misma para obtener lo que querías.

—No sé, es una sensación. A medida que he ido madurando las cosas las he ido poniendo en escalones. Hoy, para mí, lo primero es mi hija. Aunque a veces siento que no le doy todo lo que debería.

—¿Por qué?

—No sé, somos muy distintas y tal vez ella quiere otras cosas que yo no sé ver.

—Lo cual, para vos, no separa. O por lo menos eso decís en "Agua y aceite". ¿O en la realidad creés que las diferencias separan? La letra de "Agua y aceite" es tuya.

—Es mía y lo que digo es lo que creo. Estoy convencida de que las diferencias unen. No hablo de diferencias éticas. Estas son diferencias que separan. Hablo de diferencias de gustos, de carácter. Hay gente que pregunta ¿canta bien Ana Clara? Pero, ¿qué importa, si acá la cantante soy yo? Somos muy diferentes y eso me gusta. Yo soy muy temerosa con las cosas físicas. Tengo vértigo, soy incapaz de treparme a un árbol. Ella es todo lo contrario. No sabés el placer que me produce verla tan diferente a mí. No haberla asustado de chica. Ahí ayudaron mucho los hombres que he tenido a mi lado, empezando por su papá. Yo me tapaba los ojos y ellos controlaban. Ella es muy física, muy alegre. Está todo el día a las risas.

—¿Tú no?

—Yo también soy alegre, pero muy introvertida. Muy silenciosa. Ella habla, cuenta, se ríe. Hay momentos en que la amordazarías *–dice riendo, "Ah, es fantástico, nos gustan las mismas cosas".*

—A veces cuando canto esa canción le hago una introducción: "¿Quién dice que para ser feliz ni un sí ni un no? ¿Quién dice que es imposible porque él es de Peñarol". Esas cosas no separan. Cuando yo tenía 18 años quería al más lindo. Más tarde –y creo que eso está reflejado en las letras que hago– a medida que el tiempo pasó fui deseando cosas más esenciales. Como dije más o menos en la letra de "Al sur de tu corazón", no quiero que salgas a cazar tigres para mí. Me conformo con que un día me cocines y me sirvas la comida, como solemos hacer las mujeres con los hombres que tenemos al lado. Cuando uno encuentra un hombre que hace algo así, puede ir hasta el fin del mundo con él.

—¿Sí?

—Eso pienso y me digo, "hasta el fin del mundo".

—Aunque tú seas agua y él aceite.

—Mis viejos están juntos desde hace 52 años y mientras a mi madre le gusta caminar y mirar el paisaje mi viejo es totalmente sedentario. A mi madre le gusta la pintura y a mi padre la lectura. Sin embargo he visto pocas parejas tan felices. Creo que el secreto está en conceder, en aceptar al otro como es. En mi mundo el agua y el aceite combinan.

*—¿Dirías que siempre que hacés una letra –en tu último disco **Pasajeros permanentes** hay varias tuyas– es autobiográfica?*

—No, no siempre. Es importante lo que uno vive y también lo que ve en los otros. No siempre las letras son autobiográficas.

—Por tu trabajo estás generalmente rodeada de hombres. ¿Tenés amigas mujeres?

—En cierta época de mi vida me costaba. Sentía que las mujeres éramos muy competitivas. Hoy tengo unas cuantas amigas, grandes amigas. Fue a partir de los 30 que descubrí que la relación con las mujeres es intransferible e insustituible. Hoy tengo cuatro o cinco amigas que son de fierro.

—En "El principio del fin", cuya letra es tuya, hablás de cuando el amor comienza a acabarse.

—No podría ser quien soy si no fuera así.

—Es decir que triunfar no depende de la capacidad.

—¡Qué va! No. ¿Vamos a creer que la única que canta bien en este país soy yo? Debe haber cantidad de mujeres que cantan bárbaro. Pero para llegar precisás mucha fuerza, tenacidad.

—Hablabas de lo que exigís hoy al hombre que está contigo.

—Hoy valorizo al hombre que en un sentido profundo te acompaña. El que te ayuda y te deja que lo ayudes.

—¿Imaginás alguna vez tu vejez?

—Sí, y me da un miedo...

—¿Cómo te gustaría vivirla?

—Fuera de la ciudad, con muchos derechos de autor que me permitieran vivir tranquila, con una familia numerosa, lo cual, salvo que adopte... Muchos amigos y un compañero que comparta.

—¿Que comparta qué?

—La vida. ■